

Ellos están ahí, detrás de la puerta del baño. Y aquí estoy yo, sentado en el suelo al lado de la ducha. Mi casa no me pertenece. Me estoy volviendo loco, ya no aguanto más. No tengo ya fuerzas ni ánimo para hacerles frente. Todo empezó hace tres días...

Estaba sentado delante del televisor, en el salón de mi apartamento, en la sexta planta de un edificio antiguo en el corazón de la ciudad. Fue mientras veía una película con las luces apagadas, cuando de repente un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Miré hacia la puerta del salón desde el sofá en el que estaba cómodamente recostado, pero no vi nada extraño; mire también hacia la ventana que da al pequeño balcón, y que estaba justo enfrente de la puerta, pero tampoco vi nada. Sin embargo tenía la impresión esa que se tiene cuando alguien te está mirando fijamente. Es como si sintieras como su mirada te estuviera atravesando, y no puedes evitar girar la cabeza y comprobar si te están observando o no. Se me quitaron las ganas de seguir viendo la película, pues sentía cierta inquietud y decidí acostarme. Cuando pasé al cuarto de baño que hay en mi habitación, y me disponía a lavarme los dientes como hacía cada noche antes de acostarme, sentí como si alguien pasara rápidamente justo por detrás de la puerta que une el cuarto de baño con el dormitorio. Me sobresalté. Salí del cuarto de baño para ver que estaba pasando, pero todo estaba igual, la cama bien hecha, la ropa para el día siguiente preparada encima de una silla, y la luz de la mesilla de noche estaba encendida. No se si esperaba encontrar algo, pero no vi nada. Volví al cuarto de baño y me cepillé los dientes. Regresé al dormitorio, y me puse a leer un rato acostado ya en la cama, tal y como solía hacer a diario. Cuando los ojos empezaron a indicarme que ya era hora de dormir, dejé el libro y apagué la luz de la lámpara. Serían alrededor de las dos de la mañana, en el momento en el que sentí como dos manos pequeñas pero fuertes tiraban de mi tobillo izquierdo, que estaba como el resto de mi, tapado por la manta. Mi corazón empezó a latir aceleradamente, y la respiración se me hizo trabajosa y forzada.

Rápidamente me incorporé de la cama y encendí la luz de la mesilla de noche. Intenté abrir los ojos lo máximo que se puede cuando uno acaba de despertarse, en dirección a los pies de la cama. Nada. Una pesadilla, pensé. Solía tenerlas, pero en aquella ocasión parecía demasiado real. Iba a apagar de nuevo la lámpara para volver a dormir pero sentía aún la molestia en el tobillo. Me dolía el tobillo izquierdo, y eso era real, ese dolor no lo estaba imaginando. Me miré el tobillo y con gran sorpresa vi como tenía marcas de haber sido fuertemente apretado. Un sudor frío me corrió ese momento por la espalda. Todos los pelos del cuerpo se me erizaron, y comencé a mirar nerviosamente a un lado y a otro, con una expresión de horror como no había sentido en toda mi vida. Empecé a sentir miedo de verdad. Ya no tenía la curiosidad de mirar debajo de la cama para ver si había algo. Solo con pensar que hubiera algo o alguien, me helaba aún mas la sangre que ya debía estar por debajo de cero. Como un niño pequeño al que acaban de contar un cuento de miedo, y se tiene que ir a la cama, mi actitud fue la de taparme de arriba abajo, hasta la cabeza y apagar la luz. No sé como, pero conseguí dormirme.

A la mañana siguiente, al acudir al cuarto de baño, me fijé en que la marca del tobillo casi había desaparecido, pero al sentir unas molestias observé una especie de pequeñas quemaduras del diámetro de una lenteja en mis antebrazos. Entre ambos brazos contabilice unas quince quemaduras. Me quedé extrañado, pero como tenía prisa por llegar al trabajo, me vestí y salí pitando para no llegar tarde.

En la oficina vi otra vez a esa chica tan guapa, la nueva secretaria del gerente. Es una chica muy atractiva, y además su forma de andar y de moverse me atraía mucho. Ya había notado que ella me devolvía las miradas, y las sonrisas. Le pensaba pedir salir esa misma semana, probablemente al día siguiente. Le comenté a mi compañero lo ocurrido la noche anterior y le enseñé los brazos, y me dijo que todo aquello era muy raro, que no podía ser un sueño. Es un persona que cree mucho en espíritus y fuerzas del mas allá, al

contrario que yo. Me aconsejó que fuera a ver un amigo suyo que entendía de fenómenos paranormales, pero no le hice caso. Siempre me he considerado una persona racional y tachaba a la gente que tenía esas creencias, de personas inseguras y faltas de personalidad que necesitaban explicar las cosas a través de seres y entes inexistentes. Qué equivocado estaba.

Después de salir de la oficina, me fui a hacer unos recados, y cuando volví a casa, y entré en la cocina, la sangre se me heló de nuevo, al ver sobre la mesa un papel en el que se podía leer con letra un poco confusa: “Te estamos esperando...”.

Examiné con que estaba hecha la letra, y parecía que los trazos habían sido realizados por pequeñas quemaduras redondas. Sin embargo, lo que se me ocurrió justo después fue pensar que mi compañero habría comentado mi asunto con alguien mas de la oficina y seguro que me estaban gastando una broma, una broma pesada. No le di mayores importancias, decidido a aclarar las cosas al día siguiente con mis compañeros de trabajo. Me iba a preparar una ducha, cuando comencé a oír como una especie de susurro, que se repetía una y otra vez, y que provenía del dormitorio. Intenté localizar donde estaba el foco exacto de ese ruido, pero no conseguí encontrarlo. Puse especial atención para escucharlo mejor, y fue entonces cuando entendí lo que decía: “Nuncaaa mas. Nuncaaa mas. Nuncaaa mas...”. La voz parecía una voz ahogada, como si alguien estuviera exhalando el último soplo de vida, pero pude distinguir que parecía femenina. De pronto, en el salón, oí pasos, como los que daría un niño pequeño correteando. Se cortó en ese momento el susurro. Y me dirigí al salón, donde tan solo vi que una de las cortinas que había en una de las ventanas se balanceaba ligeramente. El problema es que todas las ventanas y el balcón estaban cerrados. Noté que me encontraba en un estado de nerviosismo y excitación como no recordaba antes. Me senté en el salón y puse la televisión con el volumen alto. Me puse a recapacitar, mientras intentaba relajarme.

Pensé que todo eso del susurro, los pasos que oí, y la cortina moviéndose debían ser fruto de mi imaginación, que me estaba jugando una mala pasada, después de haber leído el mensaje del papel. Decidí tomarme un par de pastillas de esas que se toman para dormir en los viajes, después de no tocar la cena rápida que me había hecho. Lo mejor sería olvidar todo por esa noche, y retomar el asunto con la claridad del día

No sé a que hora fue cuando me desperté al notar como algo muy pequeño me agarraba del tobillo. Al abrir los ojos, y en la penumbra, vi a menos de una cuarta de distancia lo que parecía el rostro de alguien, pero sin el resto del cuerpo. El rostro se veía difuso. Como si estuviera hecho del humo del tabaco. Daba la impresión de ser una cabeza suspendida en el aire. Me estaba mirando fijamente a los ojos. Todo mi cuerpo se estremeció, y noté como las fuerzas abandonaban mi cuerpo de la impresión. Jamás pude imaginar una sensación mayor de terror. Pero el pánico atroz que sentí en esos momentos dejó mis extremidades totalmente paralizadas. Incluso cuando de la nada surgió blanquecina y casi transparente una mano, que parecía de mujer y que se dirigió con el dedo índice extendido hacia mi cuello, solo tuvo por respuesta una mueca exagerada de horror en mi expresión. Al entrar en contacto ese dedo con la piel de mi cuello, sentí un agudo dolor como el que se siente cuando te quemas con una cerilla o un cigarrillo. Otra mano surgió justo en el lado opuesto y repitió la acción en la otra parte de mi cuello. Solté un grito aterrador, pero el rostro que me observaba tan de cerca y las manos no se inmutaron. Las manos se movían de nuevo con los dedos índices extendidos, y se posaban sobre mi frente, provocándome nuevas quemaduras. Intenté mover los brazos y las piernas, mientras me escuchaba a mi mismo sollozar desesperadamente, en medio de jadeos. Fue cuando me di cuenta de que mis brazos y piernas estaban atrapados por una fuerza invisible que los mantenía inmóviles. De mis ojos empezaron a brotar pequeñas lágrimas de impotencia, de desesperación, de terror,

al tiempo que un sudor frío recorría toda mi espalda. De los pies de mi cama surgió un rostro más pequeño que el anterior, pero de las mismas características, que dejó su mirada también clavada en mi rostro. El rostro pequeño, que también estaba suspendido en el aire comenzó a subir por mis piernas, acercándose a mi cara. Al ponerse al lado del rostro mayor abrieron sus bocas y empezaron a emitir el sonido que ya había yo escuchado anteriormente en el dormitorio. Era el sonido que se escucha cuando se esta exhalando aire, y como en una respiración entrecortada. Me escuché a mi mismo dando gemidos lastimosamente. Aunque cerré los ojos e intente de nuevo zafarme de lo que tenía prisioneros mi brazos y piernas, pude distinguir como entre esas voces surgía repetitivamente la frase “No nos marcharemos....No te dejaremos hacerlo otra vez...”. Cuando volví a mirar, vi como los ojos de ambos rostros parecían abrirse mas aun, mientras continuaban con esa especie de letanía. En ese momento, mi corazón que latía a ritmo desenfrenado, los nervios en tensión máxima, y mi cerebro que no era capaz de asimilar tanto horror, hicieron que perdiera el conocimiento.

Cuando sonó el despertador, en todo mi cuerpo sentía un dolor intenso. No me explicaba como no me podía haber despertado por tal dolor antes. Era como si hubiera estado aletargado. Me levanté con dificultad y me dirigí al cuarto de baño. Cuando encendí la luz y me miré en el espejo, vi sobre la imagen de mi cara más de una docena de quemaduras redondas. Al quitarme la camiseta con la que dormía, el reflejo del espejo mostraba un torso salpicado de mas quemaduras redondas, al igual que los brazos, y el cuello. Me giré, y en la espalda el espectáculo era el mismo. Cuando me quité los calzones, vi que mis partes íntimas también habían sido dañadas de la misma forma. Mi rostro formó una mueca de horror y desesperación. Sin pensar, me vestí rápidamente, mirando a todos los lados nerviosamente, y con una tensión que hacía que sintiera mis manos estremeciéndose. Me fui acelerado del piso con dirección al trabajo.

Al llegar a la oficina, notaba como todos me miraban de forma diferente, mostrado cierto recelo cuando dirigían su mirada a mi rostro o a mis manos. Pensé en hablar con Sara, la secretaria del gerente, y pedirle una cita para esa misma noche. Es justo lo que necesitaba en esos momentos, una velada agradable, olvidar aquello que parecía una pesadilla y pasarlo bien y divertirme con esa mujer ese mismo Viernes por la noche... Sin embargo, cuando me acerqué y ella me miró fijamente, su expresión cambió radicalmente, y me comentó que ya tenía planes y que no podría quedar. Mi compañero al verme me preguntó que me había pasado, y cuando le expliqué los sucesos de la noche anterior, me dijo que tenía que ir sin falta a hablar con su amigo, pero que no volviera a dormir en mi casa; podía quedarme a dormir en la suya. Me emocionó esa muestra de amistad de tal modo, que le di un abrazo fuerte y sincero. Dado que los ataques solo se producían de noche, decidí ir a casa para recoger ropa y algunas otras cosas para irme a casa de mi compañero.

Conforme iba subiendo en el ascensor con destino a la sexta planta de mi edificio, el temor se apoderó de nuevo de mí. Tenía que entrar a coger mis cosas, y salir pitando de allí. Abrí la puerta y me encaminé al dormitorio a través del salón. Fue entonces cuando un impulso me hizo que me fijara en ese cuadro que tengo en la pared. Es una copia de un retrato de esos en los que el retratado mira directamente al autor y como resultado, siempre que miras al cuadro, aunque cambies de posición, tienes la sensación de que te está siguiendo con la mirada. Esta vez, cuando iba caminando hacia mi cuarto, era como si los ojos del retratado si que se movieran para seguirme. Me acerqué para mirarlo con detenimiento, cuando lentamente, el rostro de la noche anterior comenzó a salir del cuadro. Al girarme para salir corriendo hacia la puerta, me quedé petrificado. Justo delante de mí, a tan solo unos centímetros estaba el otro rostro más pequeño. También con esa expresión que no mostraba sentimientos, ni tristeza, ni

enfado, ni alegría, ni decepción, tan solo me observaba. A través de este rostro, casi transparente, vi como unas pequeñas manos casi invisibles estaban cerrando la puerta de la casa, y echando el pestillo. Del rostro que había salido del cuadro y que estaba a mis espaldas surgió de nuevo esa espantosa voz ahogada, que tras unos gemidos comenzó a decir:

“...No has podido quedar con ella... ¿verdad?... Nunca mas volverás a hacerlo... ¿no te acuerdas ya de mi...?”

Aunque horrorizado, lentamente giré mi cabeza y miré al rostro. De repente éste, se hizo más visible, más claro y menos difuso. El resultado me resulto familiar. Había visto esa cara femenina antes. Mostraba también algunas quemaduras en la mejilla y en la frente. Sin dejar de mirarme volvió a dirigirse a mi:

- “...Tu libro... quiero tu libro... dámelo... sólo saldrás de aquí con el... por el balcón...No nos iremos nunca...”

Detrás de mi, la otra voz repetía las misma frase una y otra vez, aunque ahora podía reconocer que era una voz infantil. Fue entonces cuando entendí.

Me dirigí veloz a la puerta para intentar abrirla y salir del apartamento, pero súbitamente las manos que ya habían herido mi cuerpo la noche anterior surgieron de la nada y empezaron de nuevo a tocarme con sus dedos y a hacerme mas quemaduras por todo el cuerpo, incluso atravesando la ropa. Algunas quemaduras empezaron a ser mas profundas, y a sangrar. El dolor se hizo insoportable. – “¡Esta bien...! “ – grité entre las lagrimas provocadas por el intenso castigo al que estaba siendo sometido. Las quemaduras cesaron.

Subí en una silla para alcanzar el altillo del armario empotrado de mi habitación donde escondía el libro. Lo saqué y quedé en la cama sentado con él.

- “¡Ya tenéis aquí mi libro! – grité – ¡Dejadme ya!”

Sin embargo, los rostros reaparecieron y volvieron a entonar una y otra vez en voz baja:

-“... Solo saldrás de aquí con el... por el balcón...No nos iremos nunca...”

Una vez más aparecieron las manos que fueron infligiendo su imperturbable dolor sobre mi ya maltrecho cuerpo, conforme iba arrastrándome por el suelo con mi libro. Conseguí llegar con mucho esfuerzo al baño, donde cesaron las quemaduras. A pesar de ello, las manos y los rostros estaban en la puerta del baño. Algo los impedía entrar.

Sobreexcitado por el hecho de encontrarme protegido en ese sitio, una risa incontrolable se apoderó de mí, y empecé a gritar de euforia. Era como si me hubiera vuelto loco:

-¿No podéis entrar aquí, eh? ¿Por qué? Ja, ja, ja. Yo sé porque no podéis entrar. ¿Le tenéis miedo a los cuartos de baño? ¿Por qué...? Ja ja ja

Pero la respuesta que obtenía eran las mismas voces hablando del libro y de salir con él por el balcón... y que nunca se irían de allí. Cerré la puerta del baño y me senté al lado de la ducha.

Hoy es sábado por la tarde. Llevo desde el viernes por la mañana aquí sentado con mi libro. Tengo hambre. Estoy cansado. Pero no puedo dormir. Las ampollas de las quemaduras están empezando a infectarse. El dolor es muy intenso. Y ellos siguen repitiendo lo mismo, una y otra vez, sin descanso. Martilleando mi cabeza, mi alma. Ha sonado el móvil al otro lado de la puerta varias veces, tanto ayer como durante el día de hoy. Supongo que es mi compañero. Pero escuché el ruido de la puerta del balcón abrirse y el sonido del móvil alejándose mientras caía. Nadie del trabajo tiene mi dirección. No tengo salida. Esos espíritus tienen la intención de acabar conmigo. Este infierno debe concluir. Al incorporarme dificultosamente, y mirar mi imagen en el espejo, casi no me reconozco. Unas ojeras grandes, oscuras, caen bajo mis ojos. En mi

rostro, la piel que no está quemada, tiene una palidez cercana al blanco. Con gran dificultad, llego a la puerta del baño y la abro. Las voces cesan. Salgo lentamente, arrastrando ambas piernas, cuyas heridas empiezan a hacer mella. Surgen repentinamente los rostros y las manos y comienza de nuevo la tortura ¿Qué quieren de mí? ¿No querían el libro...? ¿Cómo pueden infligir tal castigo a una persona...? Repiten ese horrible cántico de nuevo. Me escucho a mi mismo implorar perdón y gemir. Mis labios, doloridos también, apenas permiten vocalizar palabras con sentido. Arrastrándome por el suelo, con mi libro agarrado de una de mis manos llenas de llagas, me acerco al balcón.

Ya se lo que quieren. Este tormento debe acabar. Les voy a obedecer. Mi mente, sobrecargada, sobreexcitada, cansada, se ha dado por vencida, y extraños pensamientos comienzan a fluir en ella. Hace un día hermoso, el sol brilla. Es un buen día para dar un paseo. O mejor aún, para volar sobre los tejados de la gran ciudad y admirar a sus gentes, el tráfico, los edificios. Sí. Es una buena idea. Me agarro con mi libro a la barandilla del balcón. Un salto y podré volar como una gaviota, ligera y libre. Eso. Ya estoy agarrado con una sola mano de la parte de fuera de la barandilla. Dos caras me miran desde el interior de mi casa. ¿Quiénes son? ¿Son amigos míos? Me suelto de la barandilla y noto como mi cuerpo cae lentamente. Soy libre.

“Diario de la mañana. Página de Sucesos: Extraña muerte del conocido como el violador de los cigarrillos. Ayer se encontró en el asfalto el cuerpo sin vida de P.R.M. presuntamente caído desde el sexto piso del edificio en que habitaba. La muerte fue producida instantáneamente por la caída, pero en el cuerpo se encontraron numerosas quemaduras parecidas a las de los cigarrillos, en lo que parece haber sido una tortura sufrida por el violador antes de su muerte. Precisamente esa era la “señal” o “marca”

con la que este violador marcaba a todas sus víctimas, después de cada violación. Su última víctima, M.F.S., fue además asesinada junto a su hijo de tres años, a manos del mismo agresor, algo que sucedió hace apenas una semana en el cuarto de baño del domicilio de la víctima. El violador fallecido solía conocer a las mujeres a las que violaba, y se valía de su encanto para quedar con ellas.

Junto al cadáver del violador también se halló un libro perteneciente al mismo, en el que iba recogiendo todos los recortes de prensa en los que se hablaba de sus violaciones (superaban la decena), así como los casos de otros violadores. Según las investigaciones realizadas por las fuerzas policiales sobre el libro, existía una especie de “competición” entre un grupo de violadores, acerca del número de víctimas y las señales que sobre ellas dejaban. En el libro se recogen datos que van a permitir la captura de estos otros violadores en corto espacio de tiempo.”

- Mama, ¿ya nos podemos ir?
- Sí hijo, ya todo ha acabado, nos vamos ya.

En la sexta planta de un edificio del centro de la ciudad, se escuchan los susurros de dos sombras, que se desvanecen y vuelven al mundo al que pertenecen.

FIN